

HACIA UN NUEVO CONCEPTO DE LECTURA

LUIS ÁNGEL GARCÍA MELERO
Biblioteca Nacional (Madrid)

Estas páginas pretenden exponer la conveniencia de replantearse el concepto de lectura y de modificar las estadísticas de las mismas. No son, en modo alguno, un estado de la cuestión o una investigación exhaustiva y profunda: son una reflexión en voz alta sobre hechos que he ido detectando en el ejercicio de mi profesión como bibliotecario y como espectador de la vertiginosa época en que estoy viviendo. Temo que algunas de las ideas que expongo puedan parecer copiadas de otros autores. No es así. Confieso que apenas he leído nada sobre el ámbito de la lectura. Si alguien piensa que le he copiado, está equivocado. Cada vez más las ideas «flotan» en nuestro entorno, porque son abstracciones de unos hechos comprobables fácilmente, son productos del sentido común que sólo aguardan que alguien les enuncie o las escriba: el primero que lo haga será el autor, el propietario de unos derechos que, para bien o para mal (el tiempo lo dirá), están llamados a desaparecer o a ser modificados.

Durante siglos y todavía hoy, se entiende por lectura el acto de descifrar un mensaje escrito o impreso en papiro, pergamino o papel. Esto no siempre ha sido así: bibliotecarios ilustres han recordado el libro oral existente en la Antigüedad y en la Edad Media. Hoy tampoco es así. Al libro y a las publicaciones periódicas impresas les han surgido, a lo largo del siglo veinte, numerosos soportes documentales que han competido con ellos. Sus fines y contenidos pueden alcanzar el mismo o mayor valor que los plasmados en soporte papel. Recordemos algunos: discos, cassettes, películas, vídeos, CD-ROM, multimedia, CD-I, vídeo disco interactivo, publicaciones electrónicas... Recordemos también que muchos bibliotecarios defendemos el libro hablado para determinados tipos de lectores (niños, invidentes, ancianos con dificultades de visión...). Apuntemos que algunas de las características del impreso (movilidad, posibilidad de retroceder y avanzar en el texto, reflexión sobre lo leído, etc.) también son una realidad en los documentos enumerados.

Otro hecho: los denominados «materiales no librarios» cada año aumentan su presencia en las bibliotecas y en los puntos de venta.

Confieso que soy un apasionado de los vídeos documentales, artísticos y biográficos que contribuyen a mi formación. Cuando los veo en el televisor, los escucho y contemplo con la misma atención que prestaría a un «maestro». Si no he entendido bien algo, pulso la tecla oportuna para retroceder y volver a oír y a ver el mensaje hasta que se transforma en conocimiento.

En 1992 descubrí los discos compactos interactivos (CD-I) destinados a ser el «libro» del futuro. Además de tres discos sobre Iberoamérica me fascinó especialmente uno sobre Van Gogh. En un disco del tamaño de un CD de audio, mediante un lector/reproductor conectado a un televisor doméstico y un «ratón» pude oír una voz que me narraba la biografía y las técnicas utilizadas por el pintor mientras que de fondo se escuchaba una suave música coetánea de Van Gogh. Además, encontré digitalizadas, con una calidad más que aceptable, toda su producción pictórica de la que podía obtener su descripción y un detalle de cada cuadro mediante la técnica del «zoom». Pero todavía más: otra función me permitía acceder a bases de datos documentales en las que podía leer una sucinta biografía de contemporáneos del pintor, una cronología de los principales acontecimientos de su época y una descripción de los museos y colecciones en los que se conservan sus cuadros. El cénit se alcanzó cuando constaté que todo lo que había estado oyendo y leyendo en inglés, lo podía oír y leer en otros idiomas: era multilingüe. La persona que me descubrió el CD-I (mi maestro D. Ernesto García Camarero), me informó que en los Estados Unidos ese CD-I se vendía en las librerías y grandes almacenes a unas 5.000 *ptas.* Ese mismo contenido en forma de libro *superaría las 50.000 ptas.* Me enseñó un catálogo de CD-I en el que se reseñaban títulos no sólo de arte, sino también recreativos (juegos) y formativos (para enseñar a leer a los niños y para aprender idiomas) además de otras materias. Y empecé a elucubrar sobre su aplicación a otros campos: la cirugía, el diseño industrial...

Otro hecho bien tangible es la proliferación de bases de datos bibliográficas, textuales, legislativas, cartográficas... en CD-ROM que poco a poco van reemplazando en las bibliotecas, hemerotecas y despachos de profesionales a las bibliografías, enciclopedias, recopilaciones legislativas, mapas, todos ellos en papel, por dos simples hechos: economizan espacio y, sobre todo, permiten recuperar la información por múltiples puntos de acceso.

Las bibliotecas se enfrentan con publicaciones que están poniendo de manifiesto la conveniencia de replantearse algunos aspectos de la cadena documental, desde la adquisición hasta la utilización por los usuarios finales pasando por su proceso técnico, su almacenamiento y conservación. Estas publicaciones no son nada extraordinario, pues incluso las encontramos en el quiosco en el que compramos la prensa diaria. Me estoy refiriendo a los multimedia complementarios o que reproducen un mismo contenido en dos soportes diferentes y no al material que acompaña a otra publica-

ción, que no tienen ninguna relación intrínseca entre sí y que responde a propósitos comerciales, a campañas concebidas para que el consumidor adquiriera la publicación primaria a través de una promoción (Por ejemplo: la promoción de adquirir un CD de audio de música clásica con la compra de una revista de información general manteniendo su precio original). Los tipos de multimedia a los que me refiero tienen el propósito, a mi entender, de ir facilitando el trasvase de la cultura impresa a la cultura audiovisual o de poner en evidencia la insuficiencia de un solo soporte para asimilar mejor un mensaje. Probablemente estos multimedia o publicaciones en varios soportes (libros, cassette y vídeo, por ejemplo) están destinados a desaparecer a medida que se extiendan los CD-I que integran en uno solo los distintos soportes.

Sin darnos cuenta, las publicaciones electrónicas accesibles por medio de las redes de telecomunicaciones se van extendiendo día a día. En materias científicas y técnicas, las revistas electrónicas accesibles por estos medios a unos determinados usuarios son ya una realidad. Ahí está la ultimísima información que podemos leer en la pantalla de nuestro terminal informático. Pero, además, podemos modificar la información y añadir nuestros comentarios o los resultados de nuestras investigaciones. Al final, ¿quién será el autor? ¿A quién le corresponderá los derechos de autor?

También es factible acceder, vía telecomunicaciones, a las bases de datos de algunas agencias de prensa e ir seleccionando las noticias que nos interesan de cada una de ellas para confeccionar nuestro propio periódico. Los diarios actuales están llamados a desaparecer por su extensión y por el exceso de información que contienen, imposible de asimilar, generadora de rechazo hasta el punto de que cada vez son más los lectores que pasan hoja a hoja y sólo leen algunos titulares.

¿Nuevos? medios que soportan mensajes que han de ser leídos, descifrados para ser comprendidos y asimilados para convertirse en información y, una vez organizada, en conocimiento. La calidad de los mismos depende de la preparación y aptitudes de los emisores que, en algunos casos, es verdad, tienen que adecuarse a ciertas limitaciones o condicionantes del medio.

Resulta evidente que no todos los soportes son adecuados para todos los tipos de mensajes. Por ejemplo, ¿cómo exponer en un vídeo los conceptos religiosos, filosóficos y poéticos? No es imposible pero en un medio distinto al libro resultaría difícil percibir los razonamientos que desarrollan una abstracción metafísica, una concepción teológica, el adjetivo que precisa de forma definitiva un sustantivo.

Hay otro hecho en el que convendría profundizar más de lo que voy a hacer y aportando estadísticas fiables, aunque es un terreno difícil de cuantificar debido a las múltiples variables subjetivas que intervienen. Resulta

evidente que cada medio tiene un tiempo necesario para ser «leído», si bien ello depende de factores tales como la capacidad intelectual de cada persona, la disponibilidad de tiempo libre para esta actividad, la edad, los recursos económicos y el equipamiento con los que cuente el individuo y de la infraestructura bibliotecaria. Expondré un caso.

Un hombre de 40 años, con una formación de titulado superior, con un poder adquisitivo medio/alto, que trabaja una media diaria de 8/9 horas invirtiendo 2 horas en desplazamientos por la ciudad, otras tantas para realizar las comidas y seis en dormir, estimo que en su tiempo libre (seis horas diarias aproximadamente) puede llegar a leer un libro de unas 300 páginas de extensión, en español y sin ilustraciones, a la semana o lo que es lo mismo, cuatro libros al mes y cuarenta y ocho al año. He calculado que esta misma persona puede ser capaz de ver catorce vídeos documentales, artísticos o biográficos de una media de noventa minutos de duración a la semana; es decir, cincuenta y seis vídeos mensuales y seiscientos setenta y dos al año. No me atrevo a dar cifras sobre discos compactos de audio y cassettes musicales, pues puede escucharlos, además de en su tiempo libre, mientras realiza otras actividades.

Las cifras expuestas son orientativas, precisan ser contrastadas con un muestreo significativo. No obstante, hablan por sí solas sobre el tiempo de lectura y las posibles tendencias de los individuos a utilizar un soporte u otro para formarse, informarse o recrearse de acuerdo con su perfil. En cualquier caso, reitero, y no importa el soporte, está leyendo, descifrando un mensaje para asimilarle y modificar los conocimientos o mejorar la sensibilidad cultural.

Debemos tener en consideración, además, las técnicas educativas empleadas en determinadas instituciones docentes y los instrumentos de trabajo. Cada vez se emplean más los audiovisuales para enseñar determinadas disciplinas a los niños y adolescentes y se utilizan los ordenadores personales para enseñar y para realizar los trabajos, sin querer entrar intencionadamente en los teletrabajadores (es decir, los que trabajan desde sus domicilios para una empresa utilizando un ordenador personal, un *modem* y una línea telefónica) en continuo aumento en los países desarrollados y en el acceso a bases de datos externas desde esos ordenadores domésticos para realizar sus funciones. Parece una consecuencia lógica que estos discentes y teletrabajadores prefieran los medios audiovisuales, informáticos y digitales para su futura formación, información y recreo.

Estamos, pues, en el umbral de una nueva civilización, la multimedia o informática (no sé muy bien cómo denominar el nuevo concepto) destinada a ir reemplazando y complementando a la cultura impresa como ésta lo hizo, allá en la segunda mitad del siglo XV, a la cultura manuscrita. Entonces, ¿por qué continuar considerando sólo la lectura de impresos con fines

estadísticos para medir el índice cultural? ¿Por qué no empezar a cuantificar e interpretar el número de vídeos, discos compactos de audio, interactivos y de sólo lectura (CD-ROM) que se compran, se leen en una biblioteca o se toman prestados de estas instituciones para ser leídos en el domicilio particular? Hoy en día leer no es sólo descifrar los mensajes contenidos en un tiempo de soporte (el papel, los libros, las revistas, los diarios y los folletos). Existen otros que también pueden ser descifrados, cuya calidad puede ser inferior, igual o superior a la de los impresos y que cumplen con los fines de formación, información y recreo. De no hacerlo así estaremos midiendo sólo un índice cultural y deformando la realidad.

Algunos responsables de la política cultural, editores y bibliotecarios deben reconocer estos hechos y dejar de lamentarse por el bajo índice de lectura, en el que intervienen las publicaciones en cualquier soporte compradas, las leídas en las salas de las bibliotecas y las tomadas en préstamo de estas instituciones o de amistades o familiares, circuito este último difícil de controlar.

A ciertos editores les pediría que definieran claramente su postura. Se lamentan de que se venden pocos libros pero ellos mismos están produciendo vídeos y multimedia que no los consideran como libros. El libro y la actividad que lo descifra (la lectura) ya no sólo se refiere a los mensajes impresos en papel.

